

1977: CONSUMACIÓN DE PICHON RIVIERE

Profetizo que tu nombre va a ser cada vez más ensalzado por los que se alinean en las ideologías progresistas; tus enseñanzas, que enseñan a ver la realidad, van a ser más aprendidas; las escuelas de tu orientación que llevarán tu nombre van a ser más numerosas; ya existen varias escuelas de psicología social en el mundo. Profetizo que tu nombre en el ámbito académico donde estuvo silenciado, va a ser cada vez más reconocido.

Revista *Mps* (N° 35, 1977) (Editorial).

Si José Ingenieros montó la empresa editorial más arriesgada de su momento, es porque supo comprender esta oscilación entre el mercado y la universidad, y la subordinación de la segunda al primero. El retorno de Freud, para tomar un ejemplo reciente, se produjo por una relación entre los grupos de estudios de la dispersión y el mercado (luego, eso entró en la universidad).

Esta impotencia del discurso universitario no es “coyuntural”, no es “local”, es contemporánea y se encuentra generalizada. El mismo Levi-Strauss, al entrar en la Academia, evoca con nostalgia un momento pasado donde el rigor de los claustros era correlativo al poder de la *iniciación* que provocaban. La universidad *debería* hacer pasar a un miembro de la familia a la sociedad, *debería* transmitir un saber del pasado en función de un futuro. En definitiva, *debería* garantizar alguna articulación del saber con el poder. En cambio, transmite un saber impotente que buscará el poder al margen de la garantía de la institución.

Basta, para nuestra descripción, lo que apunta F. Chatelet hablando de la educación francesa: “La enseñanza pretende garantizar, independientemente de su propia reproducción como institución, la constitución normal de la personalidad o de la persona –tendremos que volver sobre estas dos rúbricas del programa– de quien la acepta. Gracias a ella, la larga ceremonia de iniciación que comienza con el aprendizaje de las humanidades, se termina.

“(. . .) Ahora bien: se impone como evidencia la primacía sujeto, que técnicamente se expresa por la posición primordial que ocupa la psicología reflexiva. Por esta expresión designamos en este caso esa sorprendente confusión que –en los manuales–, a incitación de los propios programas oficiales, conduce a componer capítulos dedicados a la percepción, a la memoria, a la imaginación, a cualquier otra función psicológica, en donde se yuxtaponen, en una com-

pleta contingencia, referencias a la ontología tradicional de Platón y de Aristóteles. a la teoría del conocimiento cartesiana o kantiana, a Maine de Biran (siempre bienvenido), a cualquiera de los Jules (a elección, Lagneau o Lachelier, como excelentemente lo analiza J. F. Revel), pero también, porque la ciencia tiene sus derechos, a Durkheim, a Freud, a Pavlov, incluso a la cibernética”¹.

Esta mezcla de los discursos apunta a sostener una sólida *unidad*: la del yo del alumno. Pero ocurre que el alumno espera del título un lugar en la *parte social* (que tanto le preocupa) y descubre, al final de la carrera, el vacío de una *insignia* cuyo valor de cambio en el mercado se ha devaluado en forma notable. La generación de Ingenieros esperaba, por la reforma Universitaria, un lugar en el poder: lo obtuvo. En cambio, las nuevas generaciones, al proseguir ese sueño, pierden la posibilidad de ese lugar. Si un poder los deja sin lugar, habrá que hacer de ese margen el soporte de la producción de un nuevo poder: la política universitaria se transforma en política social. Una política basada en el saber, un saber que vuelva a convertirse en poder político.

Pichón Riviére, justamente, definirá al psicólogo como un agente de cambio social. Carlos Octavio Bunge decía que era mejor la evolución que la revolución, ahora se propone que el cambio es mejor que el corte.

Ahí encontramos al psicólogo en su doble función de ayudante de la sociedad y crítico de la misma, de agente del cambio y garante de la permanencia, de promotor de la sensatez y de la invención, de la creatividad (pensada como ruptura) y de la madurez (pensada como rutina). Es por eso que Eduardo Pavlovsky puede afirmar: “Los adolescentes aceptan los terapeutas sensatos, pero rechazan a los TEMEROSOS

¹ F. Chatelet, *La filosofía de los profesores*, Ed. Fundamentos, 1971, Madrid.

y a los TEMERARIOS”². La sensatez propuesta es el lugar común (lugar de reunión, lugar de grupo) puesto que los adolescentes, según Pavlovsky, permiten hacer la “interpretación de mil fracasos frente a los jóvenes que no quieren el lenguaje muerto de los teóricos de turno, importados de los grupos de estudio. Lenguaje muerto inaceptable. Lenguaje de otros que el terapeuta repite para aprisionar la realidad que se le escapa. Lenguaje sin cuerpo, sin experiencia, sin vida”².

Luego se asocia, como es inevitable en estos casos, la clínica con las emociones. Se supone que las palabras que no son “teóricas” son connaturales, vienen de la carne. En verdad, todas vienen de algún Otro y el que piense como todo el mundo solo explícita el mundo que lo piensa.

Ni rutinarios, ni delirantes: sensatos (W. Baranger). Ni temerosos, ni temerarios: sensatos (E. Pavlovsky). Poco importan los términos que juegan de ascensión a los extremos, sino el *centro* que se quiere instituir y que se relaciona con la sensatez (ser prudente).

Es que la comunidad –que confunde la salud con el estilo de las neurosis– utiliza la perversión y la locura para fundar la *segregación*: “. . .estaba yo recién recibido –recuerda el profeta de *Mps*– los médicos de la sala de clínica médica comentaban que un tal Pichón Riviére traía ideas impúdicas; decían que para sacar los complejos sexuales ese Pichón Riviére proponía dentro de la familia convivir desnudos, una vez por semana; decían que lo practicaba con su familia, en la que había hijas mujeres. . .”

Ser juicioso –cuando la cosa es de grupo– consiste en saber reunirse en el *sentido común*: “Cada capítulo del libro – escribe A. Fiasché, en el prólogo del libro de Pavlovsky que

citamos– es la síntesis de largos años de experiencia. Sencillamente volcado en un lenguaje pleno de sentido común. . .”².

El sentido común de estos grupos extraterritoriales en relación con el discurso universitario se encuentra, sin embargo, atravesado por los *supuestos* del territorio que se intenta abandonar: “Para trabajar en psicoterapia con adolescentes –escribe Pavlovsky– hay que comprender los nuevos valores de estos nuevos actores de nuestro tiempo”². Toda una nota del culturalismo, cuyas variaciones se explican por la lógica de la partitura empleada.

Nadie podría negar que en esto también se encuentra Pichón Riviére. Pero se lo encuentra en tantos discursos, que su consumación adquiere dimensiones de comida totémica: un discurso despedazado, una devoración que digiere y devuelve dispersiones y *resonancias*.

Sin embargo, hay que reconocer que alguno supo exponer las puntuaciones del discurso de Pichón Riviére. Ese, quizá su único discípulo, se llamó José Bleger. Lo que sigue se refiere a un trabajo de Bleger publicado en 1967³:

a) *Enfermedad única*: al igual que E. Bergler, Pichón Riviére propone una enfermedad única y tres posiciones (inspiradas en M. Klein) que son configuraciones del comportamiento: depresiva (patogenética), esquizoparanoide (Patoplástica) y patorrímica (ritmo de la enfermedad). De la depresiva, de su falta de resolución, derivan todas las enfermedades. Esta posición es definida en los términos de M. Klein. Todas las neurosis, perversiones, etcétera, son el “negativo” de las ansiedades psicóticas de esta posición.

³ José Bleger, Revista *Acta Psiquiátrica y psicológica de América Latina*, N° 4, 1967, Bs. As.

² E. Pavlovsky, *Mito y adolescencia*, Ed. Búsqueda, 1977, Bs. As.

b) *Áreas de conducta*: partiendo de Lagache y P. Schilder, Pichón Riviére sistematiza el comportamiento por la coordinación de tres áreas (que son en verdad tres discursos en conflicto): área de la mente (psiquiatría), área del cuerpo (medicina), área del mundo externo (psicología social, sociología, etcétera). Bleger comenta: “Vemos en esto un esfuerzo de integración del psicoanálisis con las ideas más importantes del conductismo, sin caer en las exageraciones ni en las limitaciones de este último”³.

c) *Vínculo y relaciones objetales*: Pichón Riviére cree que las relaciones de objeto son “instintivistas” en el discurso de Freud, por lo que se lanza a complementarias con el suplemento social. Sullivan y Hesnard colaboran, también la comunicación de Ruesch. Todo queda reducido al juego frustración/gratificación pensado en relación con el entorno social que regula la relación del sujeto con sus objetos. Aquí aparece, entonces, la familia como “fondo” del enfermo, el enfermo como “emergente” de la familia.

d) *Aportes metodológicos*: influido por K. Lewin y sus estudios de campo, Pichón Riviére incorporó el *aquí y ahora*, para convertir el acto analítico en una situación experimental donde la interpretación es una variable cuyos efectos pueden ser registrados. Pichón Riviére combate una psiquiatría formal (nosográfica) con una psiquiatría operativa (comprensiva) que utilice el ECRO (esquema conceptual, referencial, operativo) en función de la eficacia.

Esto es, para Bleger, lo puntuable de su maestro³.

Como en verdad estos “aportes” se reducen a una suma heteróclita de informaciones dispersas que no tienen otra novedad que su particular amalgama, es necesario encontrar la importancia del discurso de Pichón Riviére en algún otro lugar.

En primer término, su intento de coordinar mediante un esquema operativo tres discursos en conflicto (*la mente de*

la psiquiatría, el cuerpo de la medicina, el mundo externo de la psicología social) le permitió situarse en una posición *virtual* que funcionaba como espejo para la confusión *real* de los agentes de cada uno de ellos. En segundo lugar, su enseñanza *oral* (desdén de la escritura) que produce la ilusión de una *creatividad* del grupo operativo, sin que ninguna *producción* funcione como un corte, por las *diferencias* que instaura en forma *material*. Un grupo “crea”, “piensa”, “elabora”, “produce”, “comprende”, etcétera; pero cuando se somete a la prueba del discurso balbucea una cantidad de estupideces, vueltas insoportables por el estilo coloquial que el narcisismo de la presencia engendra. En tercer lugar, su entrega a la deriva de un borde (entre la universidad y la APA) que le permitió oficiar como “padre” de los psicólogos, habiendo sido el fundador de una asociación que los rechazaba y los usaba (Bleger, su discípulo, hacía desde APA la contrafigura, al usar a los psicólogos sin llegar nunca a reconocerlos como legítimos)⁴.

Pichón Riviére *consume* (lleva a la total perfección) el discurso que engendra la crisis de la universidad, de la misma forma que José Ingenieros consumaba el discurso de una universidad triunfante: Aníbal Ponce como discípulo del segundo y José Bleger como heredero del primero, no dejan de espejear alguna semejanza para los que suponen un progreso en el discurso de las ciencias humanas.

Pero como la transferencia introduce otra historia en la Historia, el discurso de Pichón Riviére, en una elipse, irá a resonar en la vocación de Oscar Masotta de una manera *inesperada*. Quiero decir, producirá una resonancia donde Pichón Riviére y sus seguidores no podrán reconocerse. Sin embargo, *allí se encuentra el deseo de Pichón Riviére*: basta evocar su historia.

⁴ Varios autores, *El rol del psicólogo* (ver I. Kaufman y B. Grego), Ed. Nueva Visión, 1973, Bs. As.

Enrique Pichón Riviére (1907/1977) había nacido en Ginebra, siendo de ascendencia francesa. La infancia lo encuentra en el Chaco, donde su padre trata de dedicarse al negocio de las plantaciones. El fracaso de esta experiencia conduce a la familia a Goya, Corrientes.

A los 20 años, en Buenos Aires, comienza la carrera de medicina. Siete años después publica artículos sobre psicoanálisis en la revista *Nervio*, mientras trabaja como practicante en el *Asilo de Torres*, en el *Instituto Charcot* y, al terminar su carrera, ingresa en el *Hospicio de las Mercedes*.

Angel Garma es su analista “didáctico” y Pichón Riviére llega a las máximas jerarquías de la Asociación, alejándose después para fundar su propia Escuela.

Del psicoanálisis a la psicología social es el título de los dos volúmenes que reúnen una amplia gama de sus escritos. Aquí sería necesario hablar de la transferencia para comprender que Pichón Riviére identifica al psicoanálisis con la institución de la que se aleja; y que por lo mismo debe apelar a la “psicología social” para fundar su crítica. Extraviado, produce efectos dispares.

La confusión entre sujeto y persona acarrea equívocos: en tanto se parte de que el psicoanálisis es “individual” se busca el suplemento “social” que complete una ciencia de la persona “total”. El inconsciente –escribe Freud, contra Jung– no es individual, y tampoco es colectivo. Esta misma oposición supone una forma de conceptualizar una diferencia que pasa por natural, y produce luego discursos sobre sus posibles relaciones. Para Freud, lo que puede llamarse represión por una parte, se llamará prohibición del incesto por la otra. Pero además, ahí está el mito de Edipo para decir que no puede hablarse de uno (hijo) sin hablar de tres (padre, madre, hijo) en relación a un cuarto donde el deseo se anuda con la muerte, según J. Lacan.

La verdad tiene siempre algo de sorpresa. Pichón Riviére le otorga a Oscar Masotta el lugar necesario para hablar de Jacques Lacan: podemos decir que entonces comienza el retorno de Freud producido por la lectura de Lacan.

El lugar de Masotta era excéntrico en relación a los centros del psicoanálisis argentino: la fenomenología de Sartre y Merleau–Ponty, la crítica literaria, las reflexiones sobre la plástica, la lingüística saussureana, la antropología de Levi–Strauss. Pero este espacio de dispersión tenía muchas resonancias, puesto que basta pensar las dispersiones bibliográficas de los textos de Freud para comprender la trama intersticial del discurso psicoanalítico.

Es Masotta, entonces, quien retoma el sueño –no la teoría– de Pichón Riviére: eliminar la condición de la medicina en la formación de psicoanalistas.

(Conocí a Pichón Riviére fuera del campo de su práctica, sosteniendo ese diálogo imposible que se produce cuando el deseo de ser reconocido impide reconocer que nos desea el Otro: pero alcancé a escuchar que Lautremont era el doble que garantizaba tanto su inmortalidad, como anunciaba su muerte. El puente entre Ginebra y el Chaco es tan misterioso como el que puede existir entre Montevideo y París.)

En la juventud de Pichón Riviére se encuentra el surrealismo, la reflexión de Bataille, las rupturas de la pintura moderna y el descubrimiento de que el cine tiene otras cosas que realizar, además de fotografiar la realidad.

Nada tiene de extraño, entonces, que Pichón Riviére le haya enseñado a Oscar Masotta lo que en realidad no sabía (como Charcot le enseñó lo que no sabía a Freud), que le haya proporcionado aquellos artículos de Lacan que alguna vez habrá leído.

Pichón Riviére no ignoraba que la letra mata, como tampoco ignoraba que cuando mata lo dice: temía que la publicación de sus escritos produjera su inmediata desaparición.

En el tomo II hay un trabajo titulado *Estructura de una escuela destinada a la formación de psicólogos sociales*, que hay que leer para pensar por qué habla del grupo como superación de la muerte, cuando articula una forclusión radical de la misma.⁵

ECRO (esquema conceptual, referencial, operativo). Liberman muestra que es un CREO, “un conjunto de experiencias, conocimientos” que están *consolidados*, “una síntesis de tendencias antagónicas” que evita el aburrimiento (sic) de los encuentros entre analistas. Teóricos del *letargo* durante algunos años, no hay uno solo de ellos que no se plantee el problema del aburrimiento.

Pichón Riviére declaró en la revista *Adán* que cuando sus pacientes hablan de mala fe se queda dormido, este “santo al que se le perdona todo” (según palabras de Masotta) está condenado a decir lo que de la verdad puede decirse. Su discurso *maître* (amo, maestro, esclavo) es historia de la buena, aquella que se legitima por la repetición: “. . . esta manera de tratar en este panel el esquema referencial –escribe Liberman– excluye deliberadamente todo apellido importante en el desarrollo del psicoanálisis”. Los apellidos de poca monta pueden figurar, puesto que pertenecen a los yoes débiles; los fuertes no soportan esta mediación, ni se someten, porque la *comunicación* los excluye de la función y el campo de la palabra. El CREO de Pichón Riviére muestra cómo se ordenan *Conceptos Referidos a un Esquema para Operar* sobre el prójimo; la ideología de la manipulación se explica como rol social, el psicólogo es *agente de cambio*. Hay que adaptarse al

cambio, puesto que éste es el único *statu-quo*: “Lograr esta ubicación implica mucho cambio –escribe, en su inefable castellano, M. Langer–. La vida de la pareja de hoy –clase media, Buenos Aires– es muy diferente de la de sus padres o abuelos”.

Extraterritorial, como el síntoma en su relación con el yo, Pichón Riviére se convierte en el *heroe* de los excluidos y funda una escuela que intenta despertar a los psicólogos: “Su seducción era su generosidad –escribe Masotta–: siempre pareció desear el objeto de la demanda del otro. En una época en que mi propia deriva me acerca a la suya, me preguntaba yo por qué le gustaría tener más de un encendedor en los bolsillos y regalarlos. En un país sin tradición cultural asentada y una capital sobresofisticada, pero sin defensa contra la entrada masiva de información (la que tienen por ejemplo los países europeos: en Londres se ignora en 1975 a Lacan; en Buenos Aires existe mayor familiaridad, entre los cuadros medios de psicoanalistas, con la obra de M. Klein, que entre los practicantes del mismo nivel en París), un psicoanalista como Pichón Riviére, dotado además de una sólida formación psiquiátrica (por su formación se lo comparaba algunas veces a Lacan), no dejaba de parecerse a esos médicos del lejano oeste o de la hambrienta campiña irlandesa que tiene que hacerlo todo: extraer una bala, asistir a un parto, dar masajes, operar de amígdalas, enterrar a la gente”⁶. Este *hacerlo todo* ¿no es lo opuesto a la posición del analista? Pichón Riviére estaba en óptimas condiciones para captar en la excentricidad aquello que era excluido por la central del poder psicoanalítico, al que conocía por *experiencia*: “Conocí a Pichón –dice Masotta– poco antes del quebranto de su salud. De su biblioteca que no era avara ni rencorosa salen como conejos de la galera seminarios mimeografiados de Jacques Lacan, dedicados de Lacan a Pichón, a los que un mortal –quién habla– jamás habría podido

⁵ E. Pichón Riviére, *Del psicoanálisis a la psicología social*, Ed. Galerna, 1974, Bs. As.

ni soñando haber accedido algún día y de otra manera”⁶. La galera, los conejos, el sueño, la muerte, la firma de Lacan.

Lo que pasa de la verdad entre Pichón y Masotta muestra la distancia con el saber, así como que sólo hay formaciones del inconsciente cuya acción es la transferencia.

Porque el elogio de Masotta frente a los franceses, en lo que se refiere a Pichón Riviére, tiene un valor táctico y no teórico: “Un autor sospechoso –habla de sí Masotta– que escribe sobre temas de psicoanálisis sin ser un psicoanalista, un libro escrito en el español del Río de la Plata y que no intercambia casi una palabra con otros libros sobre el tema escritos en el mismo español, un texto que repite y transforma el texto de un autor europeo sin dejar de avisar al lector que ahí donde repite tal vez traiciona y que ahí donde transforma no es sino porque quiere repetir”⁷. La relación entre la palabra y la traición está ligada a la repetición de otro texto, a la mimesis como problema que se explicita en la parodia o se escamotea en la paráfrasis.

“Comienza entonces con un pacto de estudio –dice Masotta– el tramo que conduciría finalmente a la *Escuela Freudiana de Buenos Aires* (...) El grupo no habría de ser pago. Ello seran Arturo López Guerrero, Jorge Jinkis y Mario Levin. Más tarde se uniría Juan David Nasio, un miembro actual de la *École Freudienne de París*, quien me reconocía entonces el mérito de haber introducido la peste en Buenos Aires (...) En abril de 1969 parodiamos los encuentros de Freud y Fliess, y nos dimos cita en Monte Grande, en una quinta a las afueras de Buenos Aires”⁸.

⁶ O. Masotta, *Ensayos lacanianos* (ver comentario para la *École Freudienne de París* sobre la Fundación de la Escuela Freudiana de Buenos Aires), Ed. Anagrama, 1976, Madrid.

⁷ O. Masotta. *Introducción a la lectura de Jacques Lacan*, Ed. Proteo, 1970, Bs. As.